

# Cooperación entre las Iglesias

---

Vito de Petre

SECRETARIO INTERNACIONAL DE LA PONTIFICIA UNIÓN MISIONERA

ROMA

**RESUMEN** El concepto de cooperación entre las Iglesias ha experimentado un salto cualitativo a raíz de la eclesiología del Concilio Vaticano II. La Comunión de las Iglesias para la misión en el paradigma eclesial que ha permitido situar a “las misiones” en “la misión” de la Iglesia. Los “territorios de misión” se han transformado en las Iglesias locales, en la que todas son agentes y responsables primeros de la evangelización. En consecuencia, la cooperación entre las Iglesias es expresión de reciprocidad al servicio de la misión universal de la Iglesia.

**PALABRAS CLAVE** Iglesia–comunión, misión, cooperación.

**SUMMARY** *The concept of cooperation among the churches has made a qualitative leap because of Vatican II ecclesiology. Communion of the churches for the mission is part of the Church paradigm and has allowed us to situate “the missions” within “the mission” of the Church. The “mission territories” have become local churches where all are agents of and the first ones responsible for evangelization. The resulting cooperation among churches is the expression of reciprocity at the service of the universal mission of the Church.*

**KEYWORDS** *Church-communion, Mission, Cooperation.*

A cincuenta años de la promulgación del Decreto Conciliar *Ad Gentes*, es posible hacer un balance de la cooperación misionera entre las Iglesias promovido por el Concilio Vaticano II. Ya en 1992, Juan Pablo II a 40 años del Concilio Vaticano II escribía: “Muchos son ya los frutos misioneros del Concilio”. Entre estos, señala la multiplicación de las Iglesias locales y la comunión entre las Iglesias, que se realiza concretamente a través del “intercambio eficaz de bienes y dones espirituales” (RM 2). El Papa Francisco subraya que la comunión entre las Iglesias “esencialmente se configura como comunión misionera” (EG 23).

Y hoy, es precisamente el redescubrimiento de la Iglesia definida como comunión lo que fundamenta el modelo y la metodología de la actividad evangelizadora en todos sus aspectos. Por eso es necesario profundizar el modelo de Iglesia–Comunión para poder definir qué tipo de cooperación entre las Iglesias predomina hoy en la reflexión misionológica y en la actividad evangelizadora.

Hablar de cooperación misionera entre las Iglesias implica tres términos que nos proponemos examinar: Iglesia–Comunión, Misión, Cooperación.

## I. IGLESIA COMUNIÓN

El modelo Iglesia–Comunión es el tejido que unifica toda la reflexión conciliar, tanto en las Constituciones como en los Decretos. Aunque no se encuentre expresamente una tal definición de Iglesia, la comunión designa su naturaleza, su misión y sus múltiples actividades.

La Iglesia ha redescubierto esta identidad que le es propia remontándose a la comunidad pentecostal, que es su célula base. En ella encontramos tres elementos que le son propios: “el Espíritu, el testimonio apostólico, y la comunión, en la que la multitud humana y su diversidad son contenidas en la unidad, y donde la unidad se expresa en la multitud y en su diversidad. Estos tres elementos pertenecen a la verdadera esencia de la Iglesia”<sup>1</sup>.

La Iglesia, nacida de Pentecostés, surge en todas partes donde cesa Babel, allí donde se da la reconciliación humana, porque en la fe y en el bautismo, los hombres y las mujeres son emplazados bajo la potestad del Espíritu del Señor. Surgen comunidades y cada una de ellas es la Iglesia de Dios, que se multiplica sin estar dividida. Por eso, la Iglesia puede ser realmente pensada como “comunión de las comuniones”, “Iglesia de las Iglesias”.

Este modelo ha dado origen a un dinamismo que afecta a la misión y a la estructura misma del pueblo de Dios.

La Iglesia se vuelve a descubrir mediadora de Salvación, porque, por una profunda analogía con el Verbo encarnado, es instrumento de comunión de Dios con la humanidad, que en la fuerza del Espíritu Santo, vive, da testimonio

---

1 J.-M. R. TILLARD, *Church of Churches, The ecclesiology of Communion* (Collegeville MN 1992) 8.

y transmite la memoria de Jesús de Nazaret, el predicador y el realizador del Reino de Dios, es decir, del proyecto de Dios sobre la humanidad. La Iglesia es convocada de entre las gentes (*ekklesia*), para ser enviada a las gentes, y es puesta como núcleo germinal de la salvación dada, como anticipación concreta y visible de las novedades que Dios reserva a toda la humanidad. La Iglesia está llamada a la plena comunión con Dios, ya realizada en torno a la humanidad de Jesús de Nazaret. La Iglesia debe trabajar en función y en vistas de la misión mesiánica de Cristo, para entregar al Padre, al final de la historia humana, la humanidad, toda unida y reconciliada, según cuanto prevén las Escrituras.

Comunión de las Iglesias para la misión, es algo asumido como paradigma eclesial de la misión hoy, el más auténtico y amplio, que ha permitido la vuelta de las misiones a la misión, y la vuelta de la misión a la eclesiología (cf. RM). Es necesario comprender y realizar la cooperación entre las Iglesias partiendo de esta realidad.

#### 1. IGLESIA-COMUNIÓN: UNA RESPUESTA A LA VISIÓN CULTURAL

Nos encontramos en un tiempo en el que se está llevando a cabo un proceso de globalización, dirigido a crear una conciencia, mentalidad y visión maestra única para todos los hombres y los pueblos, con la intención de llevar el bienestar material a todos, de asegurar las condiciones para una convivencia pacífica, no turbada por las identidades y diferencias culturales, éticas, y de hacer aceptar, imponiéndolos solapadamente, valores mínimos, prescindiendo de la persona humana y de Dios, sea cual sea su nombre. Es un proyecto cultural planetario, que no afecta solamente a los países avanzados, sino también a los emergentes, que se encuentran en condiciones más débiles para contrastar la omnipotencia de los medios de comunicación social, a través de los cuales se difunde un pensamiento único.

Este es el desafío más fuerte y urgente que se hace a la actividad evangelizadora.

Nosotros decimos que la Iglesia es la única institución realmente globalizada, en el sentido más positivo del término. La Iglesia se reconoce como la humanidad convocada por la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (*Ecclesia de Trinitate*), se encuentra presente en plenitud en todos los países

del mundo. Su tarea es anunciar el misterio escondido en los siglos y que Cristo ha revelado y realizado, es decir, que todos los pueblos están llamados a formar parte de la vida de Dios en la perfecta comunión con Él y entre ellos. Esta es la misión confiada a todas las Iglesias esparcidas por el mundo.

Esta misión se sitúa en un horizonte escatológico entre la primera y la segunda venida de Cristo, y se realizará cuando la humanidad toda entera será reunida en una única familia y sometida a Cristo y Cristo a Dios. Entonces todas las naciones serán un Pueblo Solo. Y en la Nueva Jerusalén Dios estipulará un pacto con la humanidad entera (**antropoi**) y dará a todas las naciones (**etne**) el nombre de pueblo (**laoj**) término reservado al Pueblo de Dios.

La finalidad de la misión evangelizadora es la comunión de todos los pueblos con Dios y entre ellos.

El modelo Iglesia–Comunión exige un cambio sustancial de mentalidad, y, como consecuencia, de la actividad evangelizadora.

## 2. IGLESIA LOCAL

Hablar de cooperación implica que dos o más sujetos participen como compañeros en la misma misión, al mismo proyecto. En lo que se refiere a la cooperación entre las Iglesias, la cooperación exige que se reconozca igual dignidad y responsabilidad entre ellos.

Esto es lo que ha llevado a cabo el Vaticano II, con una transformación cualitativa, pasando de la terminología “territorios de misión” a la de “Iglesias locales”.

Una crítica dura al método de evangelización y a la terminología misma “territorios de misión” existía ya desde décadas atrás.

El término misiones ya hace cien años provocaba perplejidad, y señalaba una metodología que, para el P. Manna, no estaba de acuerdo con el Evangelio:

¿Qué grandes resultados ha tenido el apostolado en los últimos cien años? Grande, admirable, si queremos, la organización de las misiones, que van creciendo de día en día en todos los países; obras de caridad y espléndidos centros de educación sin número; un aumento muy considerable también de conversiones; pero tal y como se organizan las Misiones, más que Iglesias, es decir, organismos vivos, capaces

de gobernarse mantenerse y desarrollarse por sí mismos, como las fundadas por los primeros propagadores de la fe, son como colonias espirituales de los cristianos de occidente, y frecuentemente feudos de Órdenes Religiosas<sup>2</sup>.

El P. Manna ve en la expresión “Misiones” una contradicción o una desviación de la evangelización misma:

Hemos fundado las llamadas Misiones Extranjeras. El nombre mismo delata el error: son de hecho, verdaderos organismos extranjeros en medio de países infieles, gestionados por personal extranjero, sostenidos con dinero extranjero, apoyados frecuentemente por gobiernos extranjeros<sup>3</sup>.

Las misiones son una etapa provisional, y la presencia de los misioneros es solo temporal y transitoria. La finalidad de la actividad misionera es la fundación de Iglesias, que sean autosuficientes. El trabajo de los Institutos y Congregaciones misioneros es auténtico y válido solamente si su presencia ya no es más necesaria y se retiran de las tierras que han evangelizado. Si permanece durante largo tiempo la necesidad de su presencia, es signo de que el trabajo y la metodología adoptados son insuficientes o equivocados. “Si Pedro y Pablo hubieran usado los métodos que tenemos que seguir nosotros, misioneros modernos, habrían muerto sin conseguir gran cosa”.

La reflexión del Concilio Vaticano II provocó en la Iglesia una nueva conciencia de la naturaleza de la “Iglesia de Cristo”:

De aquí que haga suyas las palabras del Apóstol: “¡Ay de mí si no evangelizar!” (1 Co 9, 16), por lo que se preocupa incansablemente de enviar evangelizadores hasta que queden plenamente establecidas nuevas Iglesias y éstas continúen la obra evangelizadora... (LG 17).

---

2 P. PAOLO MANNA, *Observaciones sobre el método moderno de la evangelización* (Obras Misionales Pontificio Episcopales de México, 1977) 28.

3 *Ibid.*, 23.

El acontecimiento del Concilio fue crucial. La afirmación de que “la Iglesia está verdaderamente presente en las legítimas comunidades de los fieles” (LG 26) y que “en ellos y de ellos se forma la única Iglesia Católica” (LG 23), sugirió una ruptura importante con la concepción de Iglesia centrada únicamente en el Papado. Esto debería conducir al descubrimiento de una eclesiología misionera de la Iglesia local y al establecimiento de las Conferencias Episcopales (CD 37-38) y de los Sínodos de los obispos. Esto no sucedió sin conflictos. El primer borrador preparado por la Curia romana no fue aceptado por los obispos de África y Asia, que estaban decididos a irse sin un decreto sobre la misión, en lugar de suscribir uno que se negaba a decir algo nuevo. Sin embargo, el progreso real en el tema de la misión no tuvo lugar en el decreto misionero, sino más bien en la *Lumen Gentium*.

Se describía a la Iglesia como el misterio de la presencia de Dios en el mundo. No se la define por categorías jurídicas, sino como una comunidad que sirve. La eclesiología de la *Lumen Gentium* es misionera en sus fibras más íntimas.

### 3. LA IGLESIA ES, SOBRE TODO, LOCAL

Las Iglesias más jóvenes fueron despreciadas e inmaduras y dependientes de la sabiduría, la experiencia y la ayuda de las Iglesias más antiguas y de las organizaciones misioneras. Las Iglesias de occidente y los institutos misioneros y las órdenes religiosas se conciben a sí mismas como “Iglesias para los demás”<sup>4</sup>.

Pero este no fue el método de Pablo, que fundó Iglesias y no misiones, en el sentido de organizaciones independientes. Pablo escribió la primera de sus dos cartas a la Iglesia en Tesalónica sólo un año después de haberla dejado, y escribió no a una misión, sino a una Iglesia. La Iglesia de Antioquía nunca tuvo autoridad sobre las comunidades de fe recién nacidas en Éfeso, Corinto y otros lugares. Estas fueron desde el inicio Iglesias completas con la Palabra, los sacramentos y los ministerios.

---

4 Cf. D. J. BOSCH, *La trasformazione della missione* (Brescia 2000) 523-527. Título original: *Transforming Mission* (Maryknoll, New York 1991).

Con el Concilio entonces la “Iglesia para los demás” se estaba convirtiendo lentamente en la “Iglesia con los demás”.

La *Evangelii Gaudium* considera necesario insistir aún en que

Cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica bajo la guía de su obispo, también está llamada a la conversión misionera. Ella es el sujeto primario de la evangelización, ya que es la manifestación concreta de la única Iglesia en un lugar del mundo, y en ella “verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica”. Es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, provista de todos los medios de salvación dados por Cristo, pero con un rostro local. Su alegría de comunicar a Jesucristo se expresa tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares más necesitados como en una salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales (EG 30).

La característica profundamente transformadora del nuevo desarrollo fue el descubrimiento de que la Iglesia universal, de hecho, encuentra su existencia en las iglesias locales. Incluso el Papa es, ante todo, el pastor de la Iglesia de Roma. La función del Obispo de Roma, de hecho, no es otra que la de una *sollicitudo omnium Ecclesiarum* que le es conferida con la gracia del episcopado. Es un servicio en el contexto de la misión universal confiada al Colegio Episcopal, él es el “Siervo de los Siervos de Dios”. Obispo como los otros miembros del Colegio Episcopal, el Papa, sobre la cátedra de la Iglesia local de Roma, está investido de una especial responsabilidad para la comunión de todas las Iglesias, en la fe, en el testimonio y en el servicio. En este Colegio tiene en pleno la plena suprema responsabilidad sobre toda la Iglesia. Pero todo esto no quita o disminuye el carisma episcopal, la responsabilidad ministerial del obispo de la Iglesia local<sup>5</sup>.

Pero, por otra parte, la Iglesia “*toto orbe diffusa*” se convertiría en una abstracción si no tomase cuerpo y vida precisamente a través de las Iglesias particulares. Sólo una atención permanente a los dos polos de

---

5 Cf. TILLARD, 260.

la Iglesia nos permitirá percibir la riqueza de esta relación entre Iglesia universal e Iglesias particulares (EN 62).

Así pues, *se puede definir* a la Iglesia como una familia de Iglesias locales, cada una de las cuales debe estar abierta a las necesidades de los demás y a compartir con ellos sus bienes espirituales y materiales. Es por el Ministerio común de la misión que se realiza la Iglesia, en comunión con la Iglesia universal y como concretización local. *La Iglesia local es la Iglesia universal que pone su tienda entre los hombres de cada tiempo y lugar.*

Existe una única Iglesia instituida por Cristo que se encuentra extendida por el mundo entero con una multitud de miembros, existe un único episcopado representado por una multitud de obispos unidos entre ellos. La unidad de la Iglesia es tal, en la diversidad de las partes vinculadas y afiliadas juntas en todas partes... que, enteramente una, la Iglesia no está en muchas partes, sino que forma un único todo, y es la unión de los obispos lo que constituye el vínculo que les une...<sup>6</sup>

*Y todos deben ser solidarios en la única misión, que les pertenece como a un único cuerpo.* Esto significa hoy la cooperación entre las Iglesias.

## II. MISIÓN

Segundo elemento de la cooperación es su especificidad: la misión evangelizadora.

La cooperación entre las Iglesias de la que se habla, es una cooperación en vistas a la evangelización. Es necesario afirmar con fuerza que todas las Iglesias, también las de reciente fundación, son agentes y responsables primeros de la evangelización. Los documentos conciliares en los que más se nota esta carga universal son *Lumen Gentium*, *Gaudium et Spes*, y *Ad Gentes*. En ellos la evangelización emerge como la categoría fundamental de

---

6 CIPRIANO, epíst. 66, 8, 3.



la naturaleza de la Iglesia. La Evangelización se encuentra en el núcleo de la existencia de la Iglesia.

“Cada Iglesia, incluso la formada por neoconvertidos, es misionera por naturaleza, es evangelizada y evangelizadora” (RM 49). “Cada cristiano y cada comunidad... [deben] salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20).

Este anuncio es hoy más necesario y urgente que nunca en esta fase histórica de la humanidad, en la que la Iglesia está llamada a sembrar la semilla del Evangelio, cultura de Dios, en las raíces de las transformaciones planetarias, para que la humanidad alcance su plena realización humana, sanando las injusticias estructurales que la afligen. Efectivamente, Cristo es la fuente creadora y la energía para la instauración de una sociedad alternativa, modelada según las bienaventuranzas. Esta es la misión que Cristo confía a la Iglesia. Y es precisamente por el encuentro experiencial con Él, por lo que la Iglesia es conducida a salir fuera, a llevar el Evangelio encarnado hasta los confines de la tierra y los confines de la historia mundial de sufrimiento, trabajando sin descanso para instaurar el Reino de pan y de justicia, en la fuerza del Espíritu.

La Iglesia local en sus presencias culturales e históricas, está consagrada a la misión. Es siempre una Iglesia particular, una comunidad concreta, histórica, de discípulos, quien ora, anuncia, interpela y, a la luz de su Señor, ilumina y se integra para estar en medio de todo el pueblo. La evangelización emerge como la categoría fundamental de su naturaleza y está presente y orienta todos los sectores de su actividad, de las personas y de las tareas que están llamados a desarrollar. Por lo que el aforismo “la Iglesia es misión” caracteriza la Iglesia surgida del Vaticano II, y sintetiza su razón de ser.

Las Iglesias locales constituyen el lugar donde Reino de Dios se hace presente y visible en medio de los hombres y les inflama con el fuego de la misión. Ella está llamada a ser solidaria y a dialogar con grupos humanos presentes en su territorio. En cuanto promotora de comunión, está llamada a reunir cuanto el Espíritu del Señor, desde el inicio de la creación, ha sembrado en las culturas y en las religiones. El “ad gentes” sitúa a la Iglesia en una situación que nos gusta calificar de frontera, tanto geográfica cuanto de la humanidad. La misión “ad gentes” nos sitúa de hecho en el centro del drama concreto de la humanidad, a la que se debe anunciar la novedad del Reino de Dios, y en la que se debe realizar la sociedad alternativa, según los imperativos radicales del Evangelio. Esta Iglesia existe para la humanidad.

El Espíritu se manifiesta en la Iglesia local (cf. 1 Co 14) con una riqueza de carismas por medio de los cuales el único Espíritu da a cada fiel la llamada y la responsabilidad de la misión, en el proceso de la nueva creación, a la que tiende toda su actividad. Es el Espíritu quien da la eficacia a los ministerios necesarios para la misión, les une, les ordena y les preserva.

En virtud de esto, todas las iglesias locales son los agentes primarios de la misión, lo que ha comportado un cambio de idea, una interpretación renovada del papel de los misioneros y las mismas instituciones y órdenes religiosas. En 1969 el Beato Papa Pablo VI dijo a los cristianos en Kampala (Uganda): sed misioneros de vosotros mismos. S. Juan Pablo II dijo a los fieles de lugares tan lejanos y diversos como Camerún y Cerdeña, como toda la Iglesia: vosotros estáis en estado de misión.

Es a la luz de este conocimiento como fue abolida la *ius commissionis*, de modo que la responsabilidad de la evangelización la tiene el ordinario de la diócesis. Los misioneros de las órdenes e institutos religiosos ya no tienen un territorio atribuido a ellos para evangelizar dado por la Congregación de Propaganda Fide. La misión se entiende más bien como la reciprocidad, es decir, las iglesias que reciben y envían a sus miembros a un servicio de evangelización.

*Este paradigma es el más actual y el más expresivo para la humanidad de hoy.*

Como se ve, el concepto y el ámbito de la cooperación han sufrido un cambio cualitativo. Hoy, cooperación no indica solamente ayuda o apoyo a la misión, sino que es más bien participación directa en la misión universal. Es deber de cada iglesia “estar en misión”. Aquí, cooperación es evangelización.

## 1. NUEVO CONTEXTO ECLESIOLOGICO – NUEVO CRITERIO DE COOPERACIÓN MISIONERA

El nuevo contexto eclesiológico y la metodología de la evangelización, exigen una nueva fase de Cooperación Misionera, que pase, a través de la ayuda, a la comunión entre las Iglesias para el anuncio del Evangelio. Todas las Iglesias son misioneras por su propia naturaleza.

En la actualidad, es común la convicción de que una persona, una diócesis, una orden o congregación religiosa, no son verdaderamente auténticas si no se insertan en la misma ruta de la *missio ad gentes*.

En la actualidad ha nacido un fuerte movimiento misionero: han recibido un gran impulso los sacerdotes “*Fidei Donum*”, las órdenes contemplativas han establecido comunidades en territorio de misión, miles de laicos y laicas, y núcleos familiares se han trasladado a otras Iglesias, y han surgido movimientos eclesiales con un fuerte impulso misionero.

Se han multiplicado las Iglesias locales provistas de Obispo, clero y personal apostólico propios; se va logrando una inserción más profunda de las comunidades cristianas en la vida de los pueblos; la comunión entre las Iglesias lleva a un intercambio eficaz de bienes y dones espirituales; la labor evangelizadora de los laicos está cambiando la vida eclesial; las Iglesias particulares se muestran abiertas al encuentro, al diálogo y a la colaboración con los miembros de otras Iglesias cristianas y de otras religiones. Sobre todo, se está afianzando una conciencia nueva: *la misión atañe a todos los cristianos*, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales (RM 2).

Pero lo que ha parecido verdaderamente revolucionario es la caracterización intrínsecamente misionera que se le ha dado al ministerio del episcopado, del que participan los presbíteros y los diáconos: todos han sido ordenados no solamente para una iglesia particular, sino para toda la Iglesia.

## 2. SIGNIFICADO DE LA EVANGELIZACIÓN

El problema de la responsabilidad apostólica misionera de la Iglesia local no se puede resolver desde un punto de vista exclusivamente de *missio ad gentes* y entendida en el sentido particular de misión extranjera. Si, de manera maximalista, se continúa recorriendo este camino, todo cuanto decimos sobre la responsabilidad directa e inmediata de los Obispos y de la entera Iglesia local se queda solamente en literatura o, al máximo, en buenos consejos.

Es necesario conjugar el cuidado pastoral de la comunidad cristiana y el mandato de evangelización. Solamente considerando el conjunto, se puede identificar una factibilidad del ministerio misionero del Obispo. A este respecto, creo que la *Redemptoris Missio* ha dado, por primera vez, una solución que

ilumina, situando la específica actividad de evangelización en el conjunto de la misión de la Iglesia.

Es necesario partir del hecho de que la proclamación de la Buena Nueva es una actividad eclesial, es decir, debe situarse en la misión, y ésta en el álveo eclesiológico.

La encíclica *Redemptoris Missio* es testigo de la dificultad de interpretar la actividad misionera, realidad compleja y mudable en orden al mandato de evangelización, y se manifiesta ya en el vocabulario misionero: se prefiere el sustantivo misión en singular y el adjetivo misionero para calificar toda actividad de la Iglesia. En todo este duro trabajo, la encíclica vislumbra un aspecto positivo, que es la repatriación de las misiones en la misión de la Iglesia, y la confluencia de la misionología en la eclesiología y la inserción de ambas en el designio trinitario de salvación. Solamente de esta manera, la actividad de evangelización ya no será más una tarea al margen de la Iglesia, sino integrada en el corazón de su vida.

Esta visión, pensándolo bien, no diluye, de ninguna manera, la especificidad misionera, ni su tensión y pasión, al contrario, la hace más exigente y totalizadora.

Dice, en sustancia, que el mandato de predicar el Evangelio no puede agotarse únicamente en el envío de algunos, sino que es totalizador, que implica a toda la actividad de la Iglesia, todos sus ámbitos, toda su espiritualidad; en una palabra, todo su ser y su actuar. Esto ha producido el Concilio, este ha sido el aspecto positivo de la reflexión eclesiológico-misionera que ha confluído y ha sido repensada en la *Redemptoris Missio*.

Dos puntos son de extrema importancia, para que la responsabilidad misionera de la Iglesia local encuentre una realización efectiva, es decir: 1) el significado de la *missio ad gentes* y 2) la correlación e interdependencia de ésta con las otras actividades de la Iglesia.

La *missio ad gentes* es una parte de la misión de la Iglesia. La misión no es un elemento facultativo, sino fundamental a toda la existencia cristiana. Por eso, debe vivificar, orientar y determinar cualquier otra actividad de la Iglesia. Aun siendo específica, debe ser como la levadura que hace crecer y confiere autenticidad a los diferentes ámbitos de la pastoral. De hecho, “no es fácil definir los confines entre *atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica*, y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados” (RM 34). La misión es el paradigma de toda

la actividad pastoral. Lo que quiere decir que catequesis, pastoral, caridad, sacramentos, no son plenamente auténticos si no están animados, vivificados, actualizados o celebrados en la intencionalidad y teniendo como objetivo la *missio ad gentes*, la categoría que unifica todas las expresiones de la misión de la Iglesia. Solamente así la comunidad diocesana será formada y animada a realizar en el propio territorio y fuera de los propios confines eclesiales y culturales las multiformes y múltiples actividades de evangelización, como el anuncio, la promoción humana, el diálogo, la ayuda a las jóvenes Iglesias, como se enumeran en la *Evangelii Nuntiandi* y en la *Redemptoris Missio*.

En esta visión global y unificadora, el ministerio episcopal puede encontrar una efectiva dimensión y realización misionera, superando, el Obispo, la aparente contradicción de ser pastor de una determinada comunidad, y el deber de predicar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra.

La comunidad local será misionera en la medida en que el Obispo realice su vocación de apóstol de las gentes. Debe ser un obispo misionero, y con él todos aquellos que son ministros ordenados.

“Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria”, decía San Pablo (1 Co 9,16). Para un Obispo, el ser misionero no debería constituir un título de mérito, casi un valor adjunto de su personalidad, sino una humilde e imprescindible deuda que ha contraído con la imposición de las manos.

Ya el Beato P. Paolo Manna, en su opúsculo “Le nostre Chiese e la propagazione della fede” editado en los años treinta del siglo pasado, exclamaba: “A alguno le podrá parecer algo nuevo oír que nuestras diócesis, con sus pastores al frente, tienen, juntamente con el Santo Padre, el deber de promover, con los mejores medios, la difusión del Reino de Dios en el mundo. Pero entonces, ¿a quién corresponde este deber, si los Pastores pueden desinteresarse de ello?”. Para ellos “no es un asunto de libre elección, como podría serlo para un simple misionero, sino parte integrante de su misión de pastores de la Iglesia”. Aunque la jurisdicción de cada Obispo se encuentra restringida en los límites de las respectivas diócesis, “la misión primordial que Jesucristo les ha conferido, se encuentra lejos de haber sido realizada, por lo que no ha perdido nada de su obligatoriedad”<sup>7</sup>.

---

7 P.4-5.

El P. Manna, por eso, invitaba a los Obispos de cada provincia eclesiástica a fundar un propio seminario misionero que asumiera una parte de territorio para evangelizar. Un sueño que no se ha realizado jamás.

Pero su inspiración ha sido una semilla que se ha desarrollado por otros caminos, al menos a nivel teórico, más adecuado con los modelos eclesiológicos y misionológicos actuales. Las Conferencias episcopales regionales, nacionales y continentales, han instituido Comisiones para las misiones o para la evangelización; las diócesis ponen teóricamente la actividad misionera como algo importante o prioritario en sus orientaciones y planes pastorales. Los Obispos visitan las otras Iglesias, donde se encuentran presentes sus "*Fidei Donum*". Ha nacido una nueva sensibilidad y un modelo nuevo de cooperación misionera. Se ha dado en estos años el paso desde la ayuda a los misioneros y a las misiones a la implicación directa en la obra de evangelización.

El Obispo debe ser el primero y el modelo del evangelizador. "El obispo siempre debe fomentar la comunión misionera en su Iglesia diocesana siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4,32)" (EG 31).

La misión *ad gentes* no es solamente el punto conclusivo del empeño pastoral, sino su horizonte constante y su paradigma por excelencia. Precisamente la dedicación a esta tarea, requiere estar dispuestos también a realizar cambios, siempre que sean necesarios, en la pastoral y en las formas de evangelización, a asumir nuevas iniciativas. Y esto le corresponde al Obispo, que es la cabeza y el centro unitario del apostolado diocesano.

El Obispo, en diálogo con el presbiterio, debe tomar *decisiones de fondo* capaces de calificar el camino eclesial. De manera particular: debe dar a toda la vida cotidiana de la Iglesia, incluso por medio de los necesarios cambios en la pastoral, una clara connotación misionera; y fundamentar tal opción en un fuerte compromiso en orden a la cualidad formativa, en sentido espiritual, teológico, cultural, humano; debe favorecer, en definitiva, una más adecuada y eficaz comunicación a los hombres del misterio del Dios viviente y verdadero, fuente de alegría y de esperanza para la humanidad entera. Sólo actuando así se comprenderá y realizará el inseparable vínculo que existe entre pastoral, catequesis y *missio ad gentes*, tal como se habla en la *Redemptoris Missio*.

### III. COOPERACIÓN

Las fuerzas misioneras provenientes de otras Iglesias y países deben actuar en comunión con las Iglesias locales para el desarrollo de la comunidad cristiana [...]. Cada Iglesia hará propia, entonces, la solicitud de Cristo, Buen Pastor, que se entrega a su grey y al mismo tiempo, se preocupa de las “otras ovejas que no son de este redil” (Jn 10,15) (RM 49).

Es urgente que las Iglesias locales den un salto de calidad. Hay que convencer a las Iglesias locales de que no sólo es tiempo de animación, que a la larga podría constituir una evasión de responsabilidades directas. No se trata ya de tener “Centros misioneros”. La evangelización no es un puesto en una oficina, apetecible para quien hace depender la importancia de la propia personalidad del puesto que ocupa. Es necesario, pues, desburocratizar la pastoral y las Oficinas y los Centros misioneros, que deben pasar a ser comunidades de evangelización, impulsar a las Iglesias locales para que se impliquen directamente con los no creyentes y los no cristianos.

Por esto, todos los que han hecho profesión de seguimiento de Cristo deben ser discípulos misioneros. Toda la Iglesia es discípula misionera.

La Iglesia debe ser como la levadura que hace fermentar toda la masa, como luz puesta sobre las naciones, como sacramento de comunión que confiere un respiro universal a las Iglesias locales, a las comunidades cristianas, a veces encerradas en sus propios confines geográficos y culturales. “Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios [...], ser el fermento de Dios en medio de la humanidad” (EG 114). Por eso la Iglesia es insistentemente solicitada, más aún, obligada, por su razón de ser, a salir fuera, a estar en un estado permanente de envío.

Existe la mentalidad de considerar a los obispos y presbíteros y laicos comprometidos como servidores de las necesidades sacramentales y pastorales de su comunidad, más que como misioneros de la humanidad. En este contexto, la categoría “comunión entre las Iglesias” corre el riesgo de quedar prisionera en un discurso intraeclesial. Se retraen así los horizontes del propio empeño ministerial, que asumen una dimensión doméstica. No se presentan ya a los seminaristas, a los novicios, a los jóvenes las fronteras de la humanidad y del mundo, sino una comunidad cristiana del propio país, de la propia Iglesia, sin pensar en los que están fuera de ella, estén cerca o lejos.

A veces me parece que el discurso misionero de las Iglesias es más una referencia lingüística de fórmulas misioneras, una expresión de buena voluntad dirigida a mostrar la eficacia de la fe, y no una realidad. Pero la repetición de fórmulas misioneras no es automáticamente productiva. Esta insistencia lingüística, bajo el perfil de la eficacia, tiene la misma incidencia que un ritual de danza de la lluvia.

La corresponsabilidad misionera de las Iglesias locales es real a condición de que sus miembros aprehendidos por el amor a Cristo, estén marcados a fuego por la pasión por el Reino de Dios, y disponibles a caminar sobre las vías de la evangelización. Deben encontrar en la misión su razón de ser en este mundo: “Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo” (EG 273).

Cada uno, además, debe participar en la evangelización según los carismas que le ha dado el Espíritu.

- Los obispos, “en su calidad de sucesores de los Apóstoles, reciben del Señor [...] la misión de enseñar a todas las gentes y de predicar el Evangelio a toda criatura” (LG 24), llevando “nuevos discípulos a Cristo” (AG 20), y, al mismo tiempo [...], hacer “que toda la diócesis se [haga] misionera” (AG 38).
- Los presbíteros, en cuanto que son ordenados no solamente para su diócesis, sino para todo el mundo, son pastores evangelizadores.
- Los religiosos y las religiosas, que por vocación están marcados por una dimensión misionera que les es natural, tienen como prioridad el anuncio del Evangelio, ejercitando la fantasía de la caridad y del testimonio en las fronteras de la humanidad.
- Los laicos, a los que la misión lanza al corazón de la existencia humana, para crear una sociedad nueva, alternativa, una anticipación de la Jerusalén Celeste.

A todos se les pide que sean “evangelizadores con Espíritu [...] que oran y trabajan” (EG 286). Deben estar impregnados de una espiritualidad que transforme el corazón, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se encuentre privada de su luz.

Al Obispo se le pide “promover, dirigir y coordinar la actividad misionera. [...] La actividad apostólica no se limite tan sólo a los convertidos, sino



que ha de destinar una parte conveniente de operarios y de recursos a la evangelización de los no cristianos” (cf. AG 30). Cada diócesis debería ser un laboratorio misionero siempre abierto.

Quizás también en las Iglesias tradicionalmente cristianas se impone la conveniencia, si no la necesidad, de instituir el ministerio de la evangelización, con la elección de personas, de grupos y comunidades que experimentan en lo más íntimo de su persona la necesidad de empeñarse en este ministerio, bajo la guía y la responsabilidad del Obispo. Éstos trabajan en la Iglesia local, con la tarea específica de evangelizar a los lejanos, los no creyentes, los no cristianos. Su acción rebasa los confines de las estructuras parroquiales. Deberían trabajar en el territorio.

#### 1. *MISSIO AD EXTRA*

Efectivamente, el mandato de predicar el Evangelio a todas las naciones no ha terminado. “Los hombres que esperan a Cristo son todavía un número inmenso. [...] No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios” (RM 86). Al Obispo, como jefe y centro de la actividad apostólica, se le pide que promueva las vocaciones misioneras para los institutos, congregaciones y para las otras Iglesias. Pero, con más propiedad, está llamado a favorecer una forma de participación en la misión universal, con el envío de sacerdotes y laicos diocesanos según el modelo de comunión y cooperación misionera entre las Iglesias. Son los sacerdotes, y ahora también los laicos “*Fidei Donum*”, promovidos por la encíclica del mismo nombre, de los que la *Redemptoris Missio* afirma que la intuición profética de Pío XII “ha hecho superar la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia. Hoy se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia” (RM 67).

Mediante esta específica praxis de cooperación misionera directa, el Obispo asume verdaderamente como propia la solicitud por todas las Iglesias, que se convierte en una realidad efectiva, y no en una cuestión de principio. Se pide a todos los Obispos que hagan propia aquella expresión de la que se sirvió la III Conferencia General del Episcopado latinoamericano en Puebla en

1979: “Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero, debemos dar desde nuestra pobreza” (cf. RM 64).

El Obispo debe ver en su Iglesia particular “la imagen de la Iglesia universal”, porque la una y única Iglesia católica se constituye en y desde las Iglesias locales. De esto se deduce, pues, que el ministerio episcopal, si está vinculado a la génesis, al desarrollo y a los dinamismos de crecimiento de la comunidad concreta, por la naturaleza misma de la comunidad, que es esencialmente católica, está llamado a un servicio que no puede quedarse encerrado entre las paredes de una única comunidad cristiana. Ha sido puesto al servicio de la comunión entre las Iglesias, y esto determina esencialmente incluso su servicio pastoral.

En virtud de esta comunión, cada una de las Iglesias, siente la solicitud de todas las obras, se manifiestan mutuamente sus propias necesidades, se comunican entre sí sus bienes, puesto que la dilatación del cuerpo de Cristo es deber de todo el Colegio episcopal (AG 38).

El Obispo debe tener, por decirlo así, dos almas del ministerio episcopal: pastor local y pastor itinerante, y dos perspectivas: la de la Iglesia constituida y la de la Iglesia que hay que fundar.

Entrar en los caminos de la evangelización en el propio territorio, será un estímulo y un instrumento idóneo para dar nueva vitalidad a la misma comunidad cristiana, que se sentirá comprometida a dar un testimonio más coherente de la propia fe, y a hacer surgir la pasión de comunicarla en todas partes donde Cristo todavía no ha sido anunciado.

## 2. COOPERACIÓN COMO EL COMPARTIR DE LOS BIENES

Seguramente, la cooperación entre las Iglesias implica también el compartir no solamente los propios agentes para la misión, sino también el compartir de los bienes materiales. “De aquí se derivan finalmente, entre las diversas partes de la Iglesia, unos vínculos de íntima comunión en lo que respecta a riquezas espirituales, obreros apostólicos y ayudas temporales” (LG 13). Es necesario que nos refiramos a la colecta paulina, para que la ayuda que se

da a las Iglesias necesitadas sea realmente signo e instrumento de comunión entre las Iglesias.

En esta fase de la humanidad, en la que se ha agudizado la distancia entre ricos y pobres, entre países ricos y países cada vez más empobrecidos, y donde la esclavitud, los atropellos y la opresión asumen formas inauditas, la evangelización se encuentra inducida a responder a las necesidades humanitarias.

Nuestro trabajo de cooperación no se puede limitar a recoger recursos financieros para sostener las Iglesias carentes de medios, como si la progresión del Evangelio se pudiera medir por una mayor o menor consistencia de las cuentas bancarias. “¡Cuánto bien podríamos hacer con más dinero!”, decían y dicen a veces los misioneros y el clero local de las Iglesias.

Las instituciones misioneras, los Institutos, las Congregaciones y los demás organismos misioneros y amplios sectores de las Iglesias locales, corren el riesgo de perder las coordinadas esenciales de la acción evangelizadora, como la proclamación del mensaje cristiano, con todos sus elementos constitutivos, con todas las consecuencias y los desafíos que se derivan de esto a nivel personal, eclesial. Lo que también influye muchísimo sobre nuestra acción de cooperación misionera. Tal es la evangelización directa, tales los contenidos y las modalidades de cooperación.

La secularización de la misión se ha convertido casi en un principio primero, que nos hace aceptar clichés, lo que inevitablemente ofusca y debilita nuestra capacidad de juicio crítico sobre la realidad humana, cristiana y misionera.

Pero la ayuda a los pobres y a los países del Tercer Mundo, y la pobreza de medios que exige el Evangelio (cf. el discurso de Mateo sobre el envío de los discípulos: cf. Mt 10), han constituido siempre un dilema para el obrero apostólico. Cada vez son más numerosos los misioneros que se sienten incómodos cuando se encuentran entre las manos recursos económicos que –dicen– hacen muy difícil que las relaciones con las personas sean auténticas. Por eso, algunos, por oposición, optan por una vida de pobreza radical, viviendo en cabañas y sirviéndose solamente de lo que el ambiente puede ofrecer en cuanto a vestido, alimento, cuidados médicos y medios. El compartir de los bienes económicos y materiales es deber, pero es necesario reconducir todo al ámbito de los criterios de evangelización. Referirnos a la colecta paulina es algo que nos puede dar luz.

### 3. COLECTA PAULINA, SIGNO E INSTRUMENTO DE COMUNIÓN ENTRE LAS IGLESIAS

San Pablo organiza la primera colecta universal en la historia de la Iglesia. Invita a todas las Iglesias que él ha fundado a socorrer a los santos en Jerusalén, que se encuentran en estrecheces económicas a causa de la persecución y de la carestía que se ha abatido sobre ellos.

De la amplia descripción que hace de ella en sus epístolas, y de las alusiones en los Hechos de los Apóstoles, somos llevados a pensar que S. Pablo daba una importancia fundamental a esta obra generosa, que es un servicio sagrado (cf. 2 Co 9,12).

Se ocupa de su organización, sigue su desarrollo durante todo el tiempo. Acepta a Tito, “designado por elección de todas las Iglesias como compañero nuestro de viaje en esta generosidad” (2 Co 8,19), a las que asocia los delegados y representantes de las Iglesias porque pretende evitar “todo motivo de reproche por esta abundante suma que administramos; pues procuramos el bien no sólo ante el Señor sino también ante los hombres” (2 Co 8,23). Lleva a cabo continuamente una obra de animación, porque “el servicio de esta ofrenda no sólo provee a las necesidades de los santos, sino que redundando también en abundantes acciones de gracias a Dios. Experimentando este servicio, glorifican a Dios por vuestra obediencia en la profesión del Evangelio de Cristo y por la generosidad de vuestra comunión con ellos y con todos” (2 Co 9,13).

Es verdad que Pablo toma la iniciativa de la colecta por la situación de necesidad de la comunidad de Jerusalén. Pero esto no es suficiente. Lo que debe animar a las diferentes comunidades del Asia Menor es el hecho de que ellas han llegado a ser partícipes del misterio de Dios en Cristo, y son por ello la nueva humanidad.

Las comunidades cristianas deben seguir el ejemplo de Cristo, que “siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2 Co 8,9). La gracia y la liberalidad de Cristo deben ser la medida de la liberalidad de los cristianos. Ellos son para los otros, deben compartir cuanto poseen con los otros para que “reine la igualdad” (2 Co 8,14). Esta es la praxis de la primera comunidad apostólica.

Los cristianos deben dar con alegría, con generosidad, porque Dios ama a quien da con alegría, y no dejará que a nadie le falte lo necesario, más aún, le suministrará y le multiplicará la semilla, que dará frutos abundantes. Es Dios Padre quien concede sus dones, que los cristianos, en cuanto miembros de

una única familia, deben poner a disposición de todos, según las necesidades de cada uno. “El que mucho recogió, no tuvo de más; y el que poco, no tuvo de menos” (2 Co 8,15).

Los cristianos son miembros del único cuerpo de Cristo. Rige entre las diferentes Iglesias una comunión íntima, que se manifiesta concretamente con un intercambio de dones espirituales y materiales, cada uno donando cuanto puede, y recibiendo cuanto le es necesario. En esta dialéctica de comunión, ninguna Iglesia puede echarse atrás. Las Iglesias de Macedonia han transformado su extrema pobreza con la riqueza de su generosidad, ofreciéndose al Señor y a Pablo para participar en esta carrera de generosidad. La Iglesia de Jerusalén, por el momento, no puede sino ofrecer una acción de gracias a Dios por las nuevas Iglesias venidas del paganismo. La colecta está iluminada y es signo tangible de la plena comunión entre las Iglesias.

Este aspecto era para Pablo de una importancia fundamental para la autenticidad de su acción misionera. “No quiero correr en vano” (cf. Ga 2,2). Con la colecta, las Iglesias venidas de los Gentiles reconocían la Iglesia de Jerusalén como su Madre, y de ella eran reconocidas como Iglesias en línea con la tradición apostólica. Esto era necesario en aquél momento crítico, en el que estaba en juego el candente debate entre los judeo-cristianos y los helenistas sobre la necesidad o no de pasar a través de la ley mosaica para llegar a Cristo (cf. las epístolas a los Romanos y a los Gálatas). Pablo, que en nombre del Evangelio, se emancipa de la ley mosaica, no quería correr en vano, no quería que sus Iglesias fueran consideradas cuerpos extraños a la tradición y a la comunión apostólica. La colecta constituía para él una contra-prueba de la unidad de la Iglesia.

La colecta paulina tiene, pues, un gran valor cristológico, teológico y eclesiológico. Es un comportamiento consecuente del misterio cristiano.

- La colecta cristiana debe tener una connotación cristológica. Exige una asimilación y una apropiación de Cristo, del núcleo fundamental de su vida, de su opción radical de expropiación de sí mismo, de la propia riqueza divina, para enriquecer a sus hermanos, de los que Él es el primogénito. El dinero debe convertirse en el signo e instrumento de una oblación de sí mismos, en primer lugar al Señor y después a los hermanos, para que se convierta en instrumento de evangelización de una humanidad que debe fundamentarse en el amor y en la solidari-

dad. No se trata, pues, de llevar a cabo técnicas y astucias para recoger más. La colecta debe ser el signo de una comunidad cristiana que ha madurado en el seguimiento de Cristo, capaz de cambiar la cultura misma de este mundo, fundamentada en los beneficios personales y en el individualismo.

La colecta debe tener la dimensión teológica de la bondad y de la liberalidad de Dios. En este servicio sagrado, los cristianos imitan a Dios, que ha sido pródigo, ha dado a los pobres; y enriquece de todo don y gracias a los que con alegría proveen a las necesidades de los hermanos y hermanas, que por ello alzarán un himno de acción de gracias a Dios.

- La colecta debe tener una connotación eclesiológica. Debe llegar a ser cada vez más signo de la comunión entre las Iglesias, de la solicitud recíproca, que tiende a que haya igualdad entre los miembros de la misma familia. Debe ser, sobre todo, el signo de la fe única y común de los cristianos, que saben que son miembros de un único cuerpo que es Cristo, y que intervienen y prestan ayuda a las partes que sufren. No se trata de una relación entre quien posee y tiene la posibilidad de dar y quien no tiene. Esto, inevitablemente, crearía la afirmación de una cierta dependencia de las Iglesias beneficiarias, sobre sus orientaciones de vida y de pastoral, según los criterios del Fondo Monetario Internacional, que exige el ajuste estructural de la economía de los países a los que concede préstamos: “Entre vosotros, no sea así” (cf. Mt 20,26).
- La colecta y, consiguientemente, el dinero, debe ser incluido en la dinámica del misterio cristiano, para que sea un instrumento de evangelización. Me parece que una lectura atenta de la carta encíclica *Deus Caritas Est* avale esta realidad tan sencilla y, sin embargo, tan difícil de configurar y de aceptar. No para dar un aspecto cristiano a una obra de promoción humana, o para hacer prosélitos del cristianismo y ampliar su zona de influencia, sino para que resplandezca el misterio del Dios-Amor, que en Cristo salva la humanidad, es necesaria una completa metanoia en lo que se refiere al dinero. “Nadie puede servir a dos señores [...]. No podéis servir a Dios y al Dinero” (Mt 6,24).

Nuestra cooperación misionera, que se lleva a cabo en la animación, formación y en la ayuda financiera a las jóvenes Iglesias, deberá asumir estas

mismas características, y solamente así será ella misma un momento de formación y de evangelización.

## CONCLUSIÓN

El Concilio ha sido verdaderamente una gracia que Dios ha concedido para que la Iglesia, iluminada por la luz de Cristo que brilla en su rostro, pudiera ser realmente un instrumento de unión y comunión de todos los Pueblos con Dios y entre ellos. La Iglesia del Vaticano II se ha planteado seriamente qué misión estaba llamada a realizar en el mundo contemporáneo. Ha tenido que leer e interpretar la historia, para encontrar el camino y los estímulos que guían a la humanidad. La justa reivindicación de los pueblos a la independencia de las potencias coloniales, la afirmación de la validez y de la justa dignidad de sus culturas y de su organización social, los valores vividos durante miles de años por tanteas generaciones, han llevado a los Padres conciliares a volver a pensar el modelo o los modelos eclesiológicos. Han vuelto a descubrir la Iglesia local, que se encuentra constituida allí donde exista una comunidad cristiana dotada de los carismas fundamentales y perennes. Es una Iglesia imbuida de todas las otras Iglesias esparcidas por el mundo, con las que tiene vínculos de comunión, de los que el Papa, Obispo de Roma, es el garante y el responsable supremo.

Todas, en cuanto Iglesias, son responsables de realizar el mandato de Cristo, de ir y anunciar el Evangelio de paz y de reconciliación a todo el mundo, hasta las extremas fronteras geográficas y antropológicas de la humanidad.

Toda la actividad misionera debe confluir en un único proyecto, en el que todas las Iglesias, según sus culturas, medios y personas, deben tomar parte. Las Iglesias, casi parte del mismo Cuerpo, trabajan bajo la guía del Espíritu Santo, para realizar el fin específico de toda la misión: hacer de la humanidad el único Cuerpo de Cristo. Cada Iglesia particular colabora con las otras en favor de este único proyecto salvífico de Dios.

Por eso, la misión evangelizadora ya no se puede pensar ni realizar más como el envío de una Iglesia a otra, sino esencialmente como reciprocidad, como cooperación entre las Iglesias en favor del único proyecto salvífico de Dios.

Esto exige una verdadera y necesaria conversión radical, tanto por parte de las Iglesias locales de antigua fundación, como por parte de los Institutos misioneros, de las Órdenes y Congregaciones religiosas, que han tenido el mérito de haber soportado el peso de esta fatiga durante siglos, y de haber fundado las Iglesias, como por parte de aquellas de reciente fundación, a quienes ha sido confiado el mandato misionero. Ahora todos deben tomar conciencia de que la responsabilidad y, consiguientemente, la elección de los areópagos, la metodología de la evangelización, el uso de los recursos humanos y financieros, está todo en las manos de la Iglesia local, a través del Ordinario de la diócesis, que, en cuanto miembro del Colegio Episcopal, expresa y realiza la solicitud de toda la Iglesia.

Esto daría concreción a esa hermosa definición que afirma que la Iglesia es misionera por su misma naturaleza.